

Jesús y de María: en aquellos primeros tiempos de fervor no se pronunciaban el uno sin el otro. La religión era la misma hoy que era entonces: los verdaderos fieles tienen el día de hoy el mismo amor y el mismo respeto al Hijo, é igualmente profesan á la Madre la misma veneracion y la misma ternura que se la profesaba en aquellos felices tiempos; esto es lo que junta ordinariamente éstos dos augustos nombres en el corazon y en la boca de los cristianos, especialmente á la hora de la muerte, de modo, que no se ha visto santo que no haya tenido la devocion y el dulce consuelo de morir pronunciando los santos nombres de Jesús y María. El santo nombre de María, nombre que es el terror de los infiernos, la alegría de los ángeles en el cielo, y el consuelo de los fieles sobre la tierra, es tan dulce y tan respetable á toda la Iglesia, que ha establecido una fiesta particular á honra suya el domingo primero despues del día de su natiuidad. Al fin de esta vida se verá el motivo y la historia de esta fiesta.

La santísima Virgen se cria en Nazaret en casa de sus padres hasta la edad de tres años.

Cumplidos los ochenta días despues del nacimiento de la santísima Virgen, que era el tiempo en que ordenaba la ley que las madres que habian parido hija debian purificarse, llevar la niña al templo, y ofrecer al Señor por sí y por la hija un cordero en holocausto, y un pichon ú dos tórtolas; santa Ana no faltó á esta ceremonia que prescribia la religion, de que era tan zelosa. Llevó, pues, la Niña virgen á Jerusalem, y la ofreció al Señor en el templo; pero mientras que se ofrecia por María la víctima prescrita por la ley, esta dichosa Niña inmolaba élla misma al Señor de un modo mucho mas espiritual y mas perfecto. Hasta entonces no habia visto Dios en su templo, ni sobre sus altares una víctima tan pura, tan santa, tan agradable á sus ojos; tan digna de sus divinas complacencias. La Niña virgen se ofrecia interiormente á su Dios como la mas humilde de sus esclavas; y Dios la recibia como á su hija queri-

da, como á su esposa sin mancha, como á la que habia de ser madre de su amado Hijo. Solo Dios puede saber cuán agradable le fue esta ofrenda, y las abundantes gracias de que fue acompañado este primer acto exterior de religion de la mas feliz y devota Niña.

Se cree, y es muy probable, que san Joaquin y santa Ana no lleváron su santa Hija al templo solamente para satisfacer á la obligacion de esta ceremonia, ó presentacion puramente legal, sino tambien para ofrecerla toda al Señor, y consagrársela como un don del cielo, que éellos no tenian sino en depósito, y que estaban resueltos á volvérsela á dar muy luego que estuviese en edad de ser admitida para el servicio del templo.

Acabada la ceremonia, volvió la santísima Virgen á Nazaret, en donde fue por espacio de tres años el objeto de los cuidados y las delicias de su santa familia. Como la gracia se habia anticipado nueve meses á su nacimiento, tambien el uso de la razon se anticipó en élla á la edad en que la razon acostumbra desenvolverse en los demas niños. Apenas tenia María dos años cuando ya parecian hacer su carácter la piedad, la prudencia, la mansedumbre y la docilidad. Al modo que los astros, aunque luminosos totalmente desde el punto que aparecen sobre el orizonte, parecen van descubriendo á nuestros ojos un nuevo resplandor á medida que se alejan del punto de donde se levantan; así la santísima Virgen, semejante á la estrella, de la cual llevaba el nombre, aunque desde el primer instante de su immaculada concepcion habia recibido el don de sabiduría, no manifestaba sus tesoros sino conforme iba creciendo en edad. Se admiraban todos los días en esta jóven Niña golpes brillantes de una razon anticipada: todo era en élla extraordinario, porque todo era maravilloso. Habiéndose anticipado la razon á la edad, creyeron san Joaquin y santa Ana que debian anticipar el tiempo de cumplir su voto. Habian prometido al Señor, que si no obstante su larga esterilidad les daba un niño ó niña, lo consagrarían á su servicio en el templo. Hallando, pues, en su santa Hija, en la edad de tres años, un juicio, una sabiduría, una devocion anticipada, que no se hallaba en ninguna de las otras niñas de mucha edad, determináron ir á volverle al Señor un tesoro que hasta entonces no habian tenido sino en depósito. Ya se de-

xa discurrir cuánto le costaría este sacrificio. La pequeña hija era todo su consuelo, todo su tesoro, y todas sus mas dulces delicias; pero cuando el espíritu de Dios es quien nos anima, cuando somos tan religiosos como san Joaquin y santa Ana, se prefiere con gusto á su propia satisfaccion lo que se debe al Señor.

Hízose este doble sacrificio el dia 21 de noviembre, en el que san Joaquin y santa Ana fuéron á ofrecer al Señor en el templo la alhaja que mas amaban y apreciaban; y María fue igualmente á animar esta ofrenda, y á efectuar este sacrificio, consagrándose élla misma de todo corazon, y del modo mas perfecto á su Dios, por la obligacion pública y solemne que hizo al Señor de su corazon, de su espíritu, de su cuerpo y de todas las potencias de su alma; y todo esto del modo mas santo y mas agradable á los ojos de Dios; de suerte, que se puede decir, que este sacrificio fue el mas santo y mas perfecto de cuantos se habian hecho á Dios desde el principio del mundo; y esto es lo que se llama la presentacion de la santísima Virgen en el templo de Jerusalem.

§. XI.

La presentacion de la virgen María.

Entre los judíos habia dos géneros de presentacion en el templo: la primera era de obligacion, pues era mandada por la ley, y era la que hacian las mugeres en determinados dias despues de sus partos; es á saber, á los ochenta dias por las niñas, y á los cuarenta por los varones. La otra presentacion se hacia por los que habian votado consagrar sus hijos al servicio de Dios en el templo, como la que hizo Ana, madre de Samuel, y santa Ana, madre de la santísima Virgen. Habia para esto alrededor del templo de Jerusalem habitaciones destinadas, unas para los hombres, otras para las mugeres, algunas para los niños, y otras para las niñas que debian cumplir la promesa que habian hecho ellos ó ellas, ó sus padres por ellos. Habia maestros hábiles, y maestras de una virtud conocida para educar en la piedad á los niños y niñas respectivamente; y el empleo de éstos y de éstas era servir en los ministerios sagrados, ca-

da cual segun su edad, su estado, su sexo y su capacidad. Instruidos san Joaquin y santa Ana en aquello del Sábio: *Si has hecho voto á Dios, no dilates su cumplimiento*, desde que viéron que su santa Hija tenia mas prudencia y mas virtud á los tres años, que los otros niños á los quince, resolvieron cumplir su voto, cuyo cumplimiento solicitaba su santa Hija con un ardor extraordinario.

Esta piadosa ceremonia se hacia siempre con solemnidad; los padres, acompañados de toda la parentela, llevaban sus hijos al templo: habiendo el padre y la madre presentado el niño al sacerdote al pie del altar, le decian el voto que habian hecho de consagrar su hijo al templo; y despues de ciertas oraciones, el sacerdote le admitia solemnemente en el número de los ministros ó sirvientes de la casa de Dios, hasta un tiempo determinado; y esto es lo que se llamaba prestar un niño al Señor, segun el lenguaje de la Escritura: *Idcirco et ego commodavi eum Domino*; por eso le he prestado al Señor, decia Ana, madre de Samuel, cuando fue á presentarle en el templo.

Isidoro de Tesalónica dice que la ceremonia de la presentacion de la santísima Virgen en el templo de Jerusalem se hizo con un aparato extraordinario: que no solo quiso acompañarla toda la parentela, sino que por una inspiracion secreta de la divina Providencia, cuyo misterio se ignoraba, todas las personas de distincion de Jerusalem quisieron asistir á esta augusta ceremonia, mientras que los ángeles acompañaban y celebraban con sus dulces cánticos esta fiesta. No se sabe quién fue el sacerdote que recibió á esta incomparable Virgen. San German, patriarca de Constantinopla, y Jorge de Nicomedia, tienen por verisímil que fue san Zacarías, padre de san Juan Bautista. Esta presentacion fue, sin duda, acompañada de algun sacrificio, como lo fue la de Samuel; pero el que hizo entonces á Dios esta bienaventurada Niña de todo cuanto era y tenia, fue de un valor y de un mérito mucho mayor delante de Dios, que todas las víctimas inmoladas.

Las otras niñas que se presentaban en la menor edad para ser consagradas al servicio del templo, como la mayor parte de ellas no tenian todavía el uso de la razon, no sabian lo que se hacia de ellas en esta ceremonia, y

su voto no tenia por mérito sino por respeto á la consagracion interior y espiritual que hacian de éllas sus padres; pero María, en quien por un privilegio especial se habia adelantado el uso de la razon y de la libertad desde el primer instante de su vida, instruida perfectamente por el Espíritu santo, conocia toda la santidad de esta augusta ceremonia, y la acompañaba de todos los sentimientos de religion y de las demas virtudes; lo que hacia que su sacrificio fuese mas meritorio y mas agradable á los ojos de Dios, que cuantos se habian ofrecido hasta entonces en el mundo. *Omnis gloria ejus filie Regis ab intus*, dice de la santísima Virgen el Profeta. Por mas que las brillantes cualidades exteriores de esta hija del Rey de los cielos, que habia de ser á un mismo tiempo esposa y madre suya, fuesen la admiracion y el embeleso de todos, sin embargo, era infinitamente mas hermosa interior que exteriormente por sus eminentes virtudes. Por esto la Iglesia, gobernada en todo y por todo por el Espíritu santo, ha querido honrar esta santa presentacion con una fiesta particular que se celebra el 21 de noviembre. ¿Por ventura habia visto Dios jamás víctima que le fuese mas agradable? ¿Qué de espíritus celestiales asistirian á este acto de religion tan glorioso para Dios, á esta augusta ceremonia, que era la admiracion de toda la celestial Jerusalem! Todo el cielo estuvo de fiesta en este dichoso dia: ¿cómo podia, pues, la Iglesia dexar de celebrar el mismo dia la memoria y la fiesta de la presentacion de su reyna y abogada? Esto es lo que movió á tantos santos padres, á san Evodio de Antioquía, á san Epifanio de Salamina, á san Gregorio de Nisa, á san Gregorio el teólogo, á san Andres de Creta, á san German de Constantinopla, á san Juan Damasceno, y á tantos padres latinos á mirar la presentacion de la santísima Virgen en el templo de Jerusalem como el primer acto de religion mas agradable á Dios; y la fiesta de este dia como el preludio y el ensayo, por decirlo así, de todas las fiestas.

Habiendo sido admitida la santísima Virgen en el número de las niñas consagradas solemnemente al Señor, aunque era la mas jóven de todas, bien pronto sobrepuso en cordura, en virtud y en mérito, tanto interior como exteriormente á todas las ótras. Las bellas prendas de

que estaba dotada la ganaron muy desde los principios el corazon y la estimacion de las devotas matronas, destinadas á educarla. Jamás se vió educacion mas bella, mas feliz, y que costase menos. El tesoro de gracias, de virtudes, de merecimientos con que el Espíritu santo la habia enriquecido desde su immaculada concepcion, y que élla aumentaba todos los instantes por su fiel correspondencia, se desplegaba todos los dias á los ojos de cuantos la veían; y si decimos que desde entonces era ya mirada como la maravilla de su sexó, como el prodigio de su siglo y con un milagro de inocencia, nada tendrán de ponderacion estas expresiones.

§. XII. *El modo cómo vivió la santísima Virgen todo el tiempo que estuvo en el templo.*

Jamás se vió un conjunto tan completo de prendas y de virtudes, todas las mas raras y las mas eminentes. Todas las personas que velaban sobre élla, estaban tan admiradas de lo que veían en élla, que la miraban como un milagro de santidad; y como el mas grande y mas rico tesoro que habia habido jamás en el templo.

En efecto, nunca hubo en el templo una vírgen mas pura que María, dice san Ambrosio en la excelente pintura que nos hizo de esta Señora. Su modestia daba un nuevo brillo á su peregrina belleza; y su mansedumbre un nuevo realce á su modestia: cada una de sus acciones tenia un carácter particular de santidad; hasta en su profunda humildad se descubria un ayre magestuoso. Meditaba mucho, y hablaba poco, dice el mismo Padre: el amor divino en que estaba abrasado su corazon la hacia amar el retiro, y no hallar gusto sino en las íntimas comunicaciones que tenia continuamente con su amado. Nunca se la vió ociosa: la oracion, el trabajo de manos, y la lectura de los libros santos, de los que tenia una inteligencia infusa y profunda, ocupaban todo su tiempo. Su espíritu siempre de acuerdo con su corazon, no perdía jamás de vista á aquel á quien élla sola amaba mas ardiente y mas per-

fectamente que todos los serafines juntos. Toda su vida no fue, propiamente hablando, sino un ejercicio continuo del mas puro amor de su Dios, en el que su corazón se abrasaba mas y mas cada dia. Ninguna cosa fue jamás capaz de interrumpir ni turbar en nada este ejercicio. Si el sueño la embarazaba el uso de los sentidos, su corazón velaba de suerte que ni aun el sueño interrumpia el hilo de su oracion: toda su conversacion era en los cielos y de las cosas del cielo; y esto era lo que la hacía amar con tanta vehemencia el retiro. Su frecuencia en el templo en una edad tan tierna daba á conocer bastantemente cuál era el atractivo que la casa de Dios tenía para ella. San Ambrosio conviene en que jamás criatura alguna fue dotada de un don tan sublime de contemplacion, y que toda su vida, hablando en rigor, no fue otra cosa que un éxtasis continuado. Jamás se vió una pura criatura tan querida de Dios, añade el Santo, ni tan perfecta; *Quantæ in una virgine species virtutum emicant!* (*Amb. de Virg. l. 2.*). Imagina una virtud que no estuviese en esta incomparable Niña en el mas alto grado de perfeccion: su pureza fue sin exemplo, su humildad sin medida, su caridad sin límites, su fe sin obscuridad, su piedad sin alteracion. Jamás persona llegó quizá á tan alto punto de abstinencia; si tomaba algun alimento, solo era el que bastaba para no morir de hambre, y jamás buscó el gusto en lo que comia. Su modestia tenia alguna cosa de sobrenatural, y su mansedumbre realzaba todavía su modestia. Jamás persona viviente, dice el mismo san Ambrosio, llenó mejor todos los oficios y deberes de la decencia y de la cortesía. Toda su vida fue un espejo fiel de todas las virtudes: *Talis fuit Maria, ut ejus unius vita omnium sit disciplina.*

Algunos otros santos PP. afirman que se tenía una idea tan alta de su eminente santidad, que todo el mundo la miraba con veneracion, y que los sacerdotes, descubriendo en esta dichosa Niña una virtud tan extraordinaria, la permitian por un especial favor ir de tiempo en tiempo á orar á aquella parte del templo que se llamaba el *Sancta sanctorum*, ó el Santo de los santos; sitio sagrado, á la verdad; pero se puede decir que María le hacía todavía mas santo por el fervor con que oraba en él.

Comprehendamos, si podemos, cuál sería el ardor de aquel divino fuego que abrasaba el corazón de María en aquel santo lugar: solo las celestiales inteligencias, testigos ordinarios de su devocion, pudieron formarse una idea justa del fervor de sus meditaciones, de la sublimidad de su contemplacion, del valor y del mérito de aquella infinidad de actos multiplicados de las mas heróicas virtudes, que fueron la ocupacion ordinaria de María en los once ó doce años que estuvo en el templo.

Quando el santo Rey profeta decía que serían llevadas un gran número de vírgenes tras ella para servirla y hacerla, por decirlo así, la corte (*Psalms 44.*): *Adducentur regi virgines post eam*; parece no pudo tener otro objeto que la consagracion que la santísima Vírgen habia de hacer de sí misma á su Dios; la cual por su morada y su clausura en el templo habia de servir de modelo á aquel número infinito de doncellas jóvenes que, renunciando al mundo á imitacion de María, y consagrándose enteramente á Dios, pasarian sus dias en la clausura de los monasterios, y en el templo. En efecto, ¿cuántos millares de vírgenes han seguido á esta Reyna de las vírgenes, y á exemplo suyo se han consagrado al servicio de Dios en el claustro para pasar toda su vida en los ejercicios continuos de la mas alta devocion, pudiendo decir: Todos nuestros dias están dedicados á meditar y cumplir la ley del Señor, á caminar por las sendas de la justicia y de la santidad, á amar á nuestro Dios, y cantar dia y noche sus alabanzas! ¿No hay sobrada razon para decir que la presentacion de la santísima Vírgen, y su morada en el templo de Jerusalem fueron como el sagrado prototipo, y por decirlo así, la primera época de la institucion de todas las religiosas? Esta esposa, ¿ó Rey de la gloria! os traerá en su seguimiento, ó tras sí un número infinito de almas puras é inocentes, una infinidad de vírgenes que pondrán todo su estudio en asemejarse á ella: *Proxime ejus offerentur tibi.* Todas vendrán alegres y placenteras á consagrarse á vos en vuestro templo: *In letitia et exultatione adducentur in templum regis.* ¿No es esto lo que vemos todos los dias en la vocacion de tantas doncellitas, que con tanta generosidad y alegría se meten en las casas religiosas para seguir el exemplo que las dió la santísima Vírgen

en la augusta ceremonia de su presentacion? *Adducentur regi virgines post eam.*

Epifanio, presbítero de Constantinopla, y san Anselmo, dicen que la santísima Virgen tuvo perfecta inteligencia de la lengua hebrea, aunque ya no estaba entonces en uso entre los judíos; pero que era la lengua original de los libros santos, de los que el Espíritu santo la había dado una inteligencia sobrenatural, como también de todos los sagrados misterios que estos libros santos contenían. El mismo Epifanio añade que nadie supo jamás trabajar tan bien como María en obras de lino, dedana, de seda y de oro; pero que nunca se sirvió de su arte, y de su habilidad sino para emplearla en obras destinadas al uso del altar y de sus ministros. Se dexa comprender fácilmente, que con la plenitud de dones del Espíritu santo recibió toda la ciencia y todos los talentos propios de su sexo y de su estado; porque, ¿cómo era posible que negara Dios á la santísima Virgen las prerogativas, los conocimientos, las habilidades y dones naturales que concedió á Eva y Adán en el estado de la inocencia?

§. XIII.

Muerte de san Joaquin y de santa Ana.

Habia ocho ó nueve años que la santísima Virgen estaba en su retiro, siendo la admiracion de los hombres y de los ángeles por el resplandor extraordinario de su santidad, y por el conjunto maravilloso de las mas eminentes virtudes; cuando perdió á su padre san Joaquin, y poco despues á su madre santa Ana. Una muerte tan preciosa á los ojos de Dios como la de sus queridos padres, la fue sensible; pero la contristó poco: estaba demasiado segura de la suerte feliz de entrámbos; y demasiado resignada en las sagradas órdenes de la Providencia divina para no consolarse bien pronto de su ausencia: habia mucho tiempo que Dios estaba en lugar de padre, de madre y de todas las cosas, respecto de ella. Como los sacerdotes que servian en el templo eran por oficio los tutores de las niñas huérfanas consagradas al servicio de Dios; tuvieron desde en-

tonces un cuidado mas particular de esta insigne virgen, la que habia mucho tiempo era el objeto de su cariño y de su admiracion.

Apenas hubo llegado á la edad de catorce ó quince años, que era la edad en que se pensaba en casar á las doncellas, pensáron sus tutores en buscarla un esposo que fuese digno de tal esposa. Turbóse María á la primera proposicion que se la hizo sobre este punto. Un autor antiguo, citado por san Gregorio Niseno, dice que la santísima Virgen representó con mucha modestia á los que estaban encargados de su conducta, que habiendo sido consagrada á Dios por sus padres, aun antes de nacer, para servir en el templo, habia ratificado despues ella misma esta consagracion, y que así no tenia ni otra inclinacion ni otros deseos que pasar en él el resto de sus dias en calidad de virgen: que si querian tener alguna consideracion á la intencion de sus padres y á la inclinacion propia, no la podrian dar mayor gusto que el no hacerla mudar de estado. Alabáron todos su devocion; pero como entre los judíos toda la gloria consistia en tener sucesion, para de este modo poder esperar tener un dia algun parentesco con el Mesías, especialmente aquellos y aquellas que eran de la tribu de Judá y de la raza de David, como lo era Maria, no se defirió á lo que esta Niña deseaba; y solo se pensó en buscarla un esposo correspondiente, el cual fuese de la misma tribu y de la misma estirpe real que ella.

Era una costumbre introducida entre los judíos, y observada religiosamente en todos los siglos, que cuando una familia se hallaba reducida á una sola hija, se casara ésta con el pariente mas cercano de la misma tribu, con el fin de que distando menos los enlaces, se viese mas claro cuál era la genealogia del Mesías, que era el fin de todos los casamientos y generaciones, tanto en la ley natural, como en la escrita. Así, Abrahan se casó con Sara, y Nacor con Melca, una y otra hijas de Arán, hermano de Abrahan y de Nacor; así, Tobías el jóven, por consejo del ángel Rafael, y en conformidad de la ley de Moyses, se casó con Sara, hija única de Raguel su parienta cercana. Habiendo, pues, sabido la santísima Virgen el desigño que tenian de casarla, y no habiendo juzgado al pro-

pósito declarar el voto secreto que habia hecho de permanecer siempre vírgen, sabiendo muy bien que habiéndole hecho de tan poca edad no dexarian de dispensarle, recurrió á la oración, y no cesó de suplicar día y noche al Señor que tomara baxo su proteccion á su esposa. Vos estais en posesion de mi corazon, decia hablando con el divino Esposo: vos le poseeis desde el primer instante de mi vida: vuestro santo Espíritu ha habitado en mi cuerpo desde entonces como en su templo; no permitais, Dios de pureza, que este templo sea manchado jamás.

No se duda que despues de algunas largas y fervorosas súplicas tuvo una secreta seguridad de que el matrimonio que contraeria, siendo ordenado por la Providencia divina, no serviria de obstáculo al cumplimiento de su voto; y que el esposo que el cielo la destinaba, sería el custodio de su virginidad en el mismo matrimonio.

§. XIV.

La santísima Vírgen se desposa con S. José.

Luego que la santísima Vírgen hubo cumplido los quince años, se juntaron sus parientes mas cercanos, todos de la tribu de Judá, y de la familia de David con ella. Entre todos los que estaban en estado de casarse con María, se eligió á san José, á quien la divina Providencia habia destinado desde la eternidad para ser el tutor y el padre legal y putativo del Salvador como esposo de María, madre natural y verdadera de Jesus. Algunos son de parecer que era tío de la santísima Vírgen, ó á lo menos su primo hermano; lo cierto es, que era uno de sus parientes mas cercanos de la misma tribu, y de la misma sangre real que ella; aunque la fortuna le habia reducido á la humilde condicion de artesano, pues era carpintero; pero por mas obscura que fuese su condicion, ningun hombre, dice san Epifanio, fue jamás, ni mas noble, ni mas rico que él á los ojos de Dios: ninguno llegó con mucho al mérito, á la pureza, y á la eminente santidad de este gran Patriarca: el mismo santo Padre añade, que san José era entonces de una edad muy avanzada, y que pre-

venido desde su primera juventud en una gracia especial, casi desconocida en aquel tiempo entre los judíos, no habia querido jamás casarse, resuelto á guardar perpetua virginidad toda su vida: que si asintió á la caída de la edad al casamiento con María, su parienta, fue porque conociendo su eminente virtud y su extraordinario amor á la castidad, se prometió vivir siempre vírgen en el matrimonio: tambien se cree que emtrámbos se habian convenido en éllo antes de desposarse.

Efectuóse el matrimonio en Jerusalem. No tanto fuéron, dice el célebre Gerson, dos esposos los que contraxéron, quanto una virginidad que se ensalzó con otra: *Virginitas nupsit*. Jamás vió el cielo esponsales tan santos, ni mas dignos de ser honrados con la asistencia de toda la córte celestial; y es probable que lo fueron de la de todos los espíritus bienaventurados. Muchas iglesias celebran fiesta particular á los desposorios de María con José el veinte y dos de enero, que se cree haber sido el día de esta augusta ceremonia (En España se celebra el 26 de noviembre). Jamás se vió casamiento mas digno ni mas feliz, porque jamás hubo casamiento tan santo: si María recibió un custodio y un protector de su virginidad, José, dice san Juan Damasceno, recibió con ser esposo de María la mas augusta cualidad que se puede imaginar sobre la tierra; *Virum Mariæ; nihil præterea dici potest*. Santo Tomás es de parecer que á poco tiempo de haberse celebrado este dichoso matrimonio, san José y la santísima Vírgen hicieron de mútuo consentimiento voto de virginidad, ó le renováron. Este acto de religion, dice el santo Doctor, es demasiado perfecto para que dos personas tan santas se descuidasen de hacerle; y sus inclinaciones sobre este particular estaban demasiado conformes para no convenir en la práctica de una tan admirable virtud, estando animados emtrámbos de un mismo Espíritu santo, que es el que tiene un cuidado particular de las almas castas.

El voto de perpetua castidad habia sido hasta entonces inaudito, porque habia sido desconocido; pues aunque habia habido santos personages en el antiguo Testamento, que habian vivido celibatos, como Elías, Eliseo, Daniel, y los tres jóvenes que fueron conservados milagrosamente en el horno encendido de Babilonia, no nos consta se-